



JOANA BONET

contracorriente

L'EMPORDÀ-LA Cerdanya / 4

'Catalonia social people'

Loles Vidal era el alma de la Torre del Remei: un delicioso palacete modernista que la familia Albó encargó al arquitecto Freixa a primeros de siglo como casa de verano, con el fin de atenuar los estragos de un desengaño amoroso que padeció una de las hijas. Desde que lo regentara en los años noventa junto a su marido, el gran chef de Martinet, Josep M. Boix, se erigió como el centro neurálgico de la Cerdanya, esa comarca con forma de cazuela, según Josep Pla. El Remei es un hotel donde se come muy bien, con lago, ermita y unos inabarcables jardines que al atardecer se difuminan desde el verde violento hasta una neblina lechosa que recubre el bosque de los tilos. Juan Carlos I, Margaret Bush, Aznar, Querejeta, Indurain, Néstor Luján –que vivía allí la mitad del año– Eduardo Mendoza, Javier Marías (que paseaba estos días entre las apreciadas secuoyas) han recalado aquí.

Loles Vidal murió el pasado 21 de julio. “No quiso ceremonia, no quiso darnos dolores de cabeza, ni necrológica siquiera”, me cuenta Josep Maria. Elegante y firme, digna, inteligente, en abril decidió que no habría más quimio. Le pidió a su hija y a sus nietos que regresaran a Estados Unidos; no son tiempos para quedarse en España. La *pubilla* de la armería Vidal de la Seu, una de las mejores máitres de España, defendía los camelones de toda la vida y el estómago en calma. Se levantaba al salir el sol y se sentaba a tomar café bajo un castaño centenario. Elegía la soledad-palabra, no la soledad-sentimiento, como compañía junto a sus perros, Lluna y Boira. “¿Los lugares preferidos de Loles en La Cerdanya? El Remei –responde Josep Maria–, esto la llenaba por completo. No salía de aquí si no era para ir a Barcelona o a París”. Años noventa. Desfile de Chanel. Pocos invitados españoles. Una mano en el hombro: es ella y su pelo travieso; ella y sus botines de punta; ella y su interpretación afrancesada del zumo de naranja. El *sin ti* será una soledad solitaria.

A los cinco días después de la muerte de la *mestressa* del Remei, se casaba la hija de Carles Vilarubi –marido de Sol Daurella, presidenta de Coca-Cola y una de las empresarias más poderosas; en verano sube en bicicleta la collada de Toses–. Pujol acababa de inculparse, y se desconocía aún hasta qué extremo marcaría la agenda del verano. “Que se vayan a Alemania él y sus hijos”, musitaban algunos invitados de la *crème catalana*, incluso quienes escuchimizaban los vínculos que durante años mantuvieron con “casa nostra”. En la Cerdanya, la burguesía catalana suele veranear durante la segunda quincena de agosto, después de haber salado su piel en las aguas de la Costa Brava o de Menorca. “El fenómeno de la tercera residencia”, me cuenta Julia Otero, que veranea en la zona.

Muchas familias catalanas hacen doblete entre l'Empordà y la Cerdanya. Desde Narcís Oller con su Pilar



LOLES VIDAL
Era el alma del hotel la Torre del Remei, en la Cerdanya, hasta su muerte el pasado 21 de julio. El Remei era su lugar favorito de la comarca y “no salía de aquí si no era para ir a Barcelona o a París”, explica su marido, Josep M. Boix. Juan Carlos I, Margaret Bush, José María Aznar, Querejeta, Miguel Indurain, Néstor Luján –que vivía allí la mitad del año–, Eduardo Mendoza o Javier Marías han recalado aquí

ARCHIVO



MANÉ ESPINOSA



ROSIER VILALLONGA



INMA SAINZ DE BARANDA

Prim, hasta Ramon Casas o el propio Gaudí se sintieron atraídos por el magnetismo que rodea el lago medieval y el club de golf de Puigcerdà. Hará unos treinta años, se empezó a poner de moda subir de Pedralbes a Bovir. Dicen que Josep Lluís Núñez –que posee uno de los más impresionantes miradores de la zona– puso a la Cerdanya en el mapa empresarial de Catalunya.

Entre la sierra de l'Albera i les Gavarres, entre el mar y la montaña, se extiende la sociabilidad catalana del veraneo. Ahí están los caminos de tierra que esconden residencias comunales, invisibles desde fuera, como marca la proverbial discreción autóctona. En el ya clásico Mas Torrent, Antoni Vila Casas, el empresario que vendió Prodesfarma, se convirtió en mecenas y forró de buenos

VERANEO
La presentadora de televisión Julia Otero y el expresidente del

FC Barcelona, Sandro Rossell, veranean desde hace años en la Cerdanya; Josep

Antoni Duran Lleida prefiere acercarse a Begur, en la Costa Brava

Entre la sierra de la Albera y las Gavarres, mar y montaña, se extiende la sociabilidad catalana del veraneo

Ramon Casas y Gaudí se sintieron atraídos por el magnetismo del lago medieval y el club de golf de Puigcerdà

cuadros l'Empordà y organiza una cita cada verano.

Lo que antes era el Big Rock de Palamós, ara lo es el Simpson de Llafranc –el *watching people*– aunque el agosto del *who is who* barcelonés –que no cabe en el artículo– frecuenta tan solo las cenas privadas. Se invitan entre ellos, como en el juego de la oca: de Aiguablava (Duran i Lleida, este año huésped de Enrico Letta, o Antoni Brufau) a Fonteta (Josep Esteve, Luis Conde, Sixte Cambra, Joan Verdaguer) o a Fontanilles (Emili Cuatrecasas), a S'Agaró (Albert Costafreda), a Llafranc (Josep Creuheras) o a Tamariu (Maria Reig)... Las páginas amarillas vips están inflacionadas. Aunque el 25% de la propiedad de la urbanización La Gavina es rusa y ucraniana. Ahí luce el simbólico hotel, este año de fiesta porque las hermanas Ensesa han reabierto la histórica Taverna del Mar que reingresa en el mapa gastronómico mediterráneo. Casas escondidas entre las rocas y casas soñadas, co-

mo la que en los sesenta le encargó Romy Schneider al arquitecto de moda en la Costa Brava, Prats Marsó, espinita romántica que utiliza Màrius Carol para arrancar *Un estiu a l'Empordà*.

“El suquet de peix de Portabella no ha sido sustituido como tal, acaso por la vendimia y el civet de Luis Conde”, cuenta Albert Arbós, periodista y autor de un viejo e interesante libro sobre Tarradellas, *La conciencia de un pueblo*. Entre l'Empordà y la Cerdanya, los burgueses ilustres que reciben suelen decir que no quieren nombres, sino amigos. En las noches refrescadas por el agosto otoñal, a menudo nombres y amigos intercambian los papeles. Y sin *dress code* ni fiestas de la espuma, se evidencia una vez más que la política también es para el verano.